

¿Es justificable el nacionalismo deportivo?*

Is Sport Nationalism Justifiable?

JOSÉ LUIS PÉREZ TRIVIÑO

Universidad Pompeu Fabra

jose.perez@upf.edu

Resumen: El artículo se ocupa de esclarecer las profundas relaciones que se establecen entre el deporte y el nacionalismo, atendiendo, entre otros factores, a la instrumentalización del deporte por parte de las élites políticas, la apatía política ciudadana, los recursos económicos destinados al deporte, la cuestión de la violencia o los rasgos identitarios. Con el fin de delimitar si es justificable la conjunción de factores deportivos y nacionalistas, se define el concepto nacionalismo deportivo y se distingue el uso político del deporte con fines de política exterior e interior. En el primer apartado el análisis se centra en determinar si puede establecerse un vínculo de causalidad con respecto a la contribución a la violencia y en lo que concierne al uso en la política interior de un Estado se diferencia entre circunstancias políticas normales y de crisis para abordar la cuestión de si hay fundamentos suficientes para afirmar que el deporte puede distraer a la población de la reivindicación de sus auténticos intereses.

Palabras clave: nacionalismo deportivo, deporte y Estado, uso político del deporte, deporte y violencia, deporte e identidad.

Abstract: The article aims to clarify the deep relationships established between sport and nationalism by considering, among other factors, the instrumentalisation of sport by political elites, political apathy of citizens, economic resources for sport, the question of violence or identitarian matters. In order to define if the combination of sport and nationalism is admissible, the paper defines sport nationalism and distinguishes the political use of sport for purposes of domestic and foreign policy. In the first section the analysis focuses on whether a causal link with respect to the contribution to violence can be established and with respect to its use in the internal politics of a state, the paper differentiates between normal political circumstances and political crises in order to properly address the question of whether there are grounds to assert that sport can distract citizens from asserting their genuine interests.

Keywords: sport nationalism, sport and State, sport and violence, sport and identity.

* Este texto corresponde a uno de los capítulos del libro del mismo autor, *Ética y deporte*, Desclée De Brouwer, Bilbao, 2011.

1- Introducción

El deporte tiene diversas manifestaciones que hacen difícil reducir el fenómeno deportivo a un mínimo común denominador. Históricamente, las competiciones deportivas, tanto en su versión individual como de equipo, tenían como propósito principal alcanzar la máxima excelencia posible en una disciplina concreta o bien establecer una jerarquía entre los atletas según los resultados obtenidos o atendiendo al despliegue de sus diferentes habilidades.

Otro de los rasgos originarios del deporte era que éste se caracterizaba por ser una actividad no contaminada por la política. El deporte, tal y como lo había concebido el barón de Coubertain, debía ser neutral respecto de las ideologías políticas y debía permanecer aislado de las presiones políticas que pudiera sufrir por parte de las autoridades de un Estado. Según Coubertain, ya fuera a nivel interno de una sociedad ya en su expresión internacional, el deporte debería aparecer como una figura espiritual neutra, en tanto que posee el prestigio necesario ante todos los pueblos del mundo, al tratar todos los resultados de manera igual, es decir, sin consideración de las naciones, los sistemas políticos o la pertenencia a un grupo (Brohm 1982, 201).

Esta visión del deporte se corresponde con el apoliticismo deportivo, concepción teórica que sostiene la independencia absoluta de la práctica deportiva respecto a la política y que posiblemente ha sido y sigue siendo la posición dominante entre los teóricos del deporte, los operadores y autoridades deportivas nacionales e internacionales (Aguilera 1992, 13). Baste recordar que, por ejemplo, los miembros del COI no representan a sus naciones de origen, con el objetivo de evitar influencias políticas.

Sin embargo, han sido varias las objeciones a este punto de vista. En primer lugar, parece obvio que tal pretensión, si tiene sentido y es verdadera lo tiene y lo es respecto del deporte de élite o profesional, no del deporte amateur o de la actividad deportiva que practican los ciudadanos. La mayor parte de Estados, al menos los del primer mundo, impulsan y

favorecen el deporte como parte integrante del bienestar y calidad de vida de los ciudadanos. Y no parece que nadie discuta o ponga en entredicho tal función, sino más bien al contrario, es uno de los servicios propios del Estado de Bienestar facilitar y promover que la ciudadanía practique alguna actividad deportiva (Dixon 2000, 210)

En segundo lugar, desde posiciones teóricas de izquierdas (aunque no solo desde esas posiciones ideológicas) ha sido señalado a menudo que la pretensión de "neutralidad" del deporte nunca se ha dado en la práctica.

La ideología deportiva oficial afirma sin cesar no únicamente el apoliticismo real del movimiento deportivo, sino incluso la voluntad de apoliticismo de sus dirigentes. Pero la realidad efectiva de la práctica institucional del deporte demuestra, por el contrario, que el deporte está estrechamente imbricado con la política y las actividades del Estado (Brohm 1982, 189).

El mismo Brohm, citando a MacIntosh, señala que la politización del deporte no es un fenómeno contemporáneo, pues ya en sus primeras expresiones, que se remontan a la Grecia clásica, ya había un uso político del deporte:

La politización del deporte existe desde los juegos olímpicos antiguos, en los que las ciudades rivalizaban en prestigio en una especie de potlach deportivo...resulta dudoso que el carácter no político del deporte haya sido verdadero alguna vez desde el momento mismo en que Pelops venció al Enomaos en una carrera de carros y se apropió de su reino como recompensa.

En cualquier caso, la relación entre deporte y política puede dividirse en tres apartados. En primer lugar, la política interna del deporte, es decir las luchas y conflictos que se producen en el interior de clubes, federaciones y organizaciones deportivas con la finalidad de conseguir posiciones de poder. En segundo lugar, puede analizarse el uso del deporte con fines de política exterior y, en tercer lugar, el uso del deporte con fines de política interior. A pesar de la relevancia que puede tener el

primer apartado no será objeto de estudio aquí, por lo que me centraré en los otros dos. En cierto sentido, este uso político del deporte puede verse como una manifestación del nacionalismo político que puede tener una expresión externa o interna. Así pues, entenderé por nacionalismo deportivo el conjunto de medidas de apoyo a los deportistas, equipos o selecciones nacionales, tanto por parte de las autoridades políticas como de la afición de un país. Como se examinará a continuación, el nacionalismo deportivo puede tener diferentes grados de desarrollo, lo cual puede afectar directamente a su justificación político-moral. En algunos casos, el nacionalismo deportivo fomenta de forma indebida y exagerada la competitividad entre naciones, puede conducir a acciones violentas o vandálicas por parte de los aficionados o desembocar en juego sucio y malas prácticas por parte de los deportistas. Algunos autores incluso señalan que puede estar vinculado con políticas genocidas. Debido a este tipo de vínculos el nacionalismo deportivo tiene relevancia moral y conduce a cuestionarse la persistencia de competiciones deportivas entre Estados.

2- El uso del deporte con fines de política exterior: nacionalismo deportivo

Más allá de la constatación de que, según algunos autores, el uso político del deporte ha existido siempre, quizá sea cierto que el período en que se produce un mayor grado de instrumentalización del deporte por la política tiene lugar cuando los Estados deciden crear equipos nacionales con los que establecer competiciones entre ellos. La culminación de este proceso es la aparición en escena de los Juegos Olímpicos, a finales del siglos XIX. A pesar de que los Juegos Olímpicos se presentan con una vocación internacionalista y como un marco para el entendimiento de los países en liza, lo cierto es que partir de ese momento, los deportistas no sólo despliegan sus capacidades físicas tratando de superar sus propios límites o vencer a un rival. Ahora también "luchan", "representan" al Estado del que son nacionales y por lo tanto, se hacen portaestandartes de todas las virtudes y valores que se atribuyen a su nación, pero también de sus

defectos y, especialmente, de sus cuentas pendientes, de sus agravios, de sus enemistades históricas con otros países. De esa forma, son encumbrados como héroes cuando logran victorias contra los rivales tradicionales, pero son vilipendiados, y hasta despreciados, cuando son derrotados en el nuevo escenario de batalla, ya sea el campo de fútbol, la pista de atletismo o la cancha de baloncesto. Los deportistas han acabado adoptando en muchas ocasiones rasgos propios promovidos por el discurso nacionalista, como un cierto sesgo militarista, un sentimiento extremo e irracional de orgullo y una actitud de belicosidad contra los rivales.

El resultado es que en la actualidad deporte y nacionalismo son probablemente dos de los fenómenos más emotivos y pasionales del mundo contemporáneo y, se hallan tan implicados que no es infrecuente que se identifiquen ciertos deportes nacionales, como aquellos que son propios del país o que de alguna manera representan el carácter nacional. Así pensaba un ex primer ministro británico cuando señalaba que el cricket era la quintaesencia de la nación inglesa (Bairner 2001, xi).

Nacionalismo y deporte inspiran una amplia reverencia y devoción por parte de los aficionados de forma que para muchos de los integrantes de la nación la representación de ésta por parte de un equipo en un campo de fútbol, rugby o cricket constituye un elemento central de su identidad personal. Pero por otro lado, es cierto que de la influencia mutua entre deporte y nacionalismo ha surgido un cierto chauvinismo deportivo y también brotes de violencia. Sin embargo, quizá el mayor problema de la vinculación entre nacionalismo y deporte es que han generado comportamientos vandálicos entre los aficionados, de forma que en ciertos enfrentamientos deportivos entre naciones rivales se han producido actos de violencia. Algún autor ha llegado incluso a poner en relación el nacionalismo deportivo y el genocidio (Gomberg 2000).

La relación entre deporte y nacionalismo no es fácil de describir, y lo es menos todavía establecer criterios evaluativos que permitan emitir un juicio concluyente acerca de sus consecuencias positivas o negativas. En primer lugar, porque no hay una regla general según la cual se pueda

establecer que todos los Estados nación "viven" o utilizan el deporte de la misma manera o grado para conseguir algún tipo de interés o finalidad. Hay Estados muy nacionalistas y otros que lo son menos, y otros que hacen un uso razonable del nacionalismo deportivo. Por ejemplo, Alemania ha sido un país que después de la Segunda Guerra Mundial ha tenido manifestaciones nacionalistas "leves", tanto es así que muchos ciudadanos se mostraron sorprendidos de ver banderas en las calles durante la celebración del Mundial de 2006. Y hay Estados que siendo bastante nacionalistas han hecho un uso correcto del deporte y otros que no, como más adelante se verá.

La visión acerca de la relación entre nacionalismo y deporte dependerá previamente del juicio que se tenga del nacionalismo y del propio deporte. Los destinos del nacionalismo y del deporte parecen encontrarse vinculados profundamente, ya que el deporte se ha convertido en un vehículo para la expresión de sentimientos nacionalistas, de forma que no es extraño que las autoridades políticas de los Estados lo utilicen para sus propósitos de "construcción nacional", o bien es utilizado para dar alas, en otros casos, a los movimientos separatistas. Tampoco es raro que se utilice el deporte para cohesionar o para aumentar la resistencia interna, o bien para apuntalar al propio gobierno en momentos de dificultad o de crisis. Los ejemplos no faltan: Argentina durante el Mundial de fútbol de 1978 o el fomento del deporte en los países del Este de Europa como mecanismo de propaganda en el exterior.

Por otro lado, el examen de la cuestión entre deporte y nacionalismo requiere previamente establecer el significado que se otorga al término nacionalismo y así precisar las relaciones de influencia que se dan entre ambas variables.

No es fácil delimitar con claridad el concepto de nacionalismo ni existe sobre él unanimidad valorativa. En efecto, distan de estar claros los rasgos que definen tal fenómeno. A pesar de que se mencionan características como la lengua, la cultura, la religión, las tradiciones, lo cierto es que no se ha podido establecer de forma convincente los rasgos que identifican una nación. Por otro lado, no existe una única

manifestación "nacionalista", pues los defensores del nacionalismo a veces hablan de nacionalismos políticos, culturales (Margalit 2003, 115), conservadores, liberales, atávicos, modernos, de exclusión, de resistencia (Feinberg 2003, 105), etc. Los que defienden las virtudes del nacionalismo apelan a que el nacionalismo satisface una profunda necesidad de los seres humanos, la de pertenecer a una sociedad que les posibilite una forma de vida completa. Esta era el argumento principal de Herder. En la actualidad es Charles Taylor (2003) quien señala, por un lado, que no debería establecerse un vínculo entre nacionalismo y atavismo:

El nacionalismo, como quería decir, no puede comprenderse como una reacción atávica. Es un fenómeno que representa la quintaesencia de la modernidad.

Y por otro lado, arguye que el nacionalismo constituye una reacción legítima frente a las amenazas a la dignidad:

Trato de identificar la fuente del moderno giro nacionalista: la negativa -acaecida en primer lugar entre las élites- a incorporarse a la cultura metropolitana, como forma de reconocer la necesidad de la diferencia, pero existencialmente experimentada como un reto, es decir, no simplemente como una cuestión de valioso bien común que daba crearse, sino sentida también visceralmente como una cuestión de dignidad, en la que se halla implicado el valor propio. Esto es lo que confiere su fuerza emocional al nacionalismo,. Esto es lo que, con tanta frecuencia, lo sitúa en el registro del orgullo y la humillación.

En efecto, el nacionalismo propicia de manera clara algunas virtudes como son la lealtad, el compromiso y el sacrificio personal (*Ibid.* 163). Consecuentemente, estos autores no consideran como algo necesariamente negativo el que del nacionalismo se derive una actitud parcial frente a los intereses enfrentados de personas o colectivos. Para MacIntyre (1984), el patriotismo establece que se debe actuar según la concepción de la vida buena mayoritaria en la sociedad donde se vive, con independencia de que esto conduzca a cometer acciones injustas contra

otras naciones. Desde perspectivas más moderadas se sostiene que cuando no es posible acomodar los intereses de dos naciones que entran en conflicto por alguna cuestión, entonces los nacionales tendrán derecho en elegir su propio bando.

Sin embargo, hay perspectivas menos optimistas acerca de las presuntas virtudes del nacionalismo. Walter Feinberg (2003) apunta que el nacionalismo comporta una perspectiva moral parcial, pues conduce a que los individuos tengan actitudes más favorables hacia los connacionales que hacia los miembros de otras naciones, si no claramente discriminatorias:

El auge del nacionalismo implica el desarrollo de una forma específica de identidad colectiva que se considera originada en la existencia de una lengua, una cultura y una experiencia histórica compartidas. Las personas que manifiestan sentimientos nacionalistas particulares, habitualmente sostienen que están obligadas a favorecer a sus connacionales, y que su nación tiene derecho a ser reconocida por otros. Este reconocimiento implica, entre otras cosas, la aceptación por parte de las personas extrañas al grupo de la especial obligación moral que las personas que pertenecen a la nación tienen unas con otras.

Además, el nacionalismo supone que es correcto emprender todas aquellas decisiones o acciones que favorezcan y aumenten el sentido de pertenencia de los miembros a la comunidad nacional (McMahan 2003, 161). El fomento de la identidad colectiva es algo correcto, más allá de que puede suponer, en ocasiones, desatender o rechazar los intereses de otros individuos o grupos insertos en la misma comunidad, así como los intereses de otras comunidades o naciones distintas. Por otro lado, es también característico del nacionalismo su exigencia de lealtad hacia el colectivo. En este sentido, el nacionalismo se opone al universalismo visto como una concepción que considera que los individuos deben ser tratados de cierta manera, con independencia de su pertenencia a una nación determinada. En definitiva, en el ámbito del deporte el nacionalismo implica otorgar un trato de favor a los deportistas de la propia nación.

Como se ha señalado desde posiciones de izquierdas, la politización del deporte y, en concreto, el establecimiento de competiciones donde se enfrentan naciones, de manera paradigmática los Juegos Olímpicos, conduce a que los Estados afiancen su identidad nacional o bien aumenten su prestigio nacional en el concierto de países (Dixon 2000, 234). En efecto, los grandes eventos deportivos internacionales son la ocasión para que los gobiernos de la mayor parte de países se movilicen a fin de aumentar el fervor nacionalista. Como señala Brohm

Los países utilizan para identificarse y distinguirse simbólicamente, escudos y emblemas como en el Medioevo, Francia lleva el gallo a la altura del corazón, Inglaterra, una rosa... Estos blasones y emblemas sirven entonces de señal de reunión que se enarbola a gritos en los estadios. Estos objetos fetiches tienen una considerable importancia en el deporte porque permiten la identificación con un objeto parcial que hace las veces de fetiche simbólico (1982, 198).

El lenguaje de los medios de comunicación es perfecto reflejo de este grado de chauvinismo nacionalista con portadas donde se ensalza a los deportistas patrios y las victorias frente a los rivales y muchas veces se identifica o personifica al equipo nacional con un rasgo propio, como lo fue durante varios decenios "la furia" con la selección española de fútbol. Los deportistas en esas competiciones actúan como soldados luchando en misiones en el extranjero en defensa de los intereses nacionales, a los cuales representan en la victoria enarbolando la bandera nacional. Como señalaba Brohm

El deporte ofrece una salida considerable a la identificación nacional. En efecto, el deporte permite la identificación en el gran cuerpo social, representante simbólico del cuerpo deportivo de la nación. (1982,196).

En el contexto de la guerra fría entre los países capitalistas occidentales y los comunistas del Este europeo, la politización del deporte alcanzó quizá su mayor temperatura. Los deportistas se convirtieron en embajadores o soldados que defendían no sólo su propio valor sino

también la ideología, régimen político y modo de vida de su país.

Otros autores han desenmascarado la cara negativa del nacionalismo, en tanto que es una fuerza con peligrosas manifestaciones. Por ejemplo, Berlin advertía de que más allá de algunos aspectos valiosos, el nacionalismo político conduce a pensar que los otros son "inferiores" por naturaleza. En este sentido, el sentimiento psicológico de superioridad de la nación sitúa al nacionalismo en un continuum cuyo extremo es el fascismo: "Si el fascismo es la expresión extrema de esta actitud, todo nacionalismo está infectado de él en cierto grado".

En una dirección similar apunta Tamburrini cuando señala:

La razón por la cual el patriotismo macintyreano es deplorable, es simplemente porque sanciona conductas que son dañosas para otras personas, sobre fundamentos irrelevantes. El hecho de que un grupo de gente no pertenezca a nuestra comunidad no puede ser considerado como una razón que justifique dañarlos. Esta crítica también afecta la posición patriótica moderada de Nathanson (2000, 93).

Vinculada a estas objeciones teóricas, otros autores han destacado la ligazón entre nacionalismo, violencia y malas prácticas deportivas. Una de las principales críticas al nacionalismo y su expresión en el deporte es que puede generar tensión entre deportistas y aficionados de países enfrentados, e incluso puede promover brotes de violencia.

En esta línea se expresa N. Dixon, quien apunta a que el nacionalismo deportivo contribuye a menudo a que los aficionados de una selección (o deportista) nacional realicen o expresen comportamientos antideportivos destinados a perjudicar a los deportistas rivales e, incluso, en ocasiones, a fomentar la violencia:

Una ínfima minoría de aficionados al fútbol ingleses algunas veces irrumpen brutalmente en ciudades extranjeras en las que juega el equipo nacional, causando destrozos a la propiedad y atacando a los aficionados contrarios. Aun cuando no se produzca violencia física, el abuso racial, y étnico es un exceso nacionalista demasiado frecuente. Y los aficionados chauvinistas pueden, deliberada o

inadvertidamente interferir en la actuación de los atletas de otros países, por ejemplo gritando cuando un jugador está a punto de sacar la pelota en tenis o tirar un putt, o -como sucedió durante las Olimpiadas de 1996 en Atlanta- cantando de manera inapropiada una canción de apoyo al equipo de los Estados Unidos durante la actuación de los gimnastas extranjeros... Lo que tienen en común todos estos ejemplos de patriotismo excesivo e inapropiado es una simple falta de consideración moral por los atletas, entrenadores y otra gente de los países rivales (Dixon 2007, 75).

Las contracríticas a estas objeciones que vinculan nacionalismo deportivo y violencia han sido varias. En primer lugar, la rivalidad deportiva que conduce a malas prácticas y a la violencia entre los propios deportistas y aficionados, no es exclusiva del enfrentamiento nacionalista, sino que con harta frecuencia se produce a nivel nacional. Es cierto que el nivel de rivalidad deportiva ha sido en muchas ocasiones de un grado mucho más alto entre equipos no nacionales, sino representantes de una ciudad o de una región. En algunos casos tales rivalidades han sido tan histriónicas o más, e igual de peligrosas, que las derivadas de la enemistad nacional, pues han generado o profundizado odios arcaicos entre las distintas (y enfrentadas) aficiones. Las tensiones entre esos equipos enfrentados pueden ser de diferente tipo: razones culturales, históricas, políticas o territoriales. No hace falta apenas señalar las rivalidades en el ámbito futbolístico entre el Real Madrid y el FC Barcelona por razones político-territoriales. También son bien conocidas las rivalidades entre las "barras bravas" de los equipos argentinos en general y entre, Boca y River, en particular (en 2008 hubo 33 heridos durante la temporada futbolística argentina). Otras son de índole político-clasista, como por ejemplo las que se producen en Israel entre los equipos que se denominan "Hapoel", cuyo sentido en nuestro idioma sería el de "trabajador" pues normalmente procedían de organizaciones sindicales. Frente a estos equipos de clase trabajadora están los que tienen en su denominación "Beitar" y que son más próximos a la derecha política (en *Culturas del fútbol*, 82). Otras variantes que en ciertas ocasiones han hecho emerger mayor pasión y violencia han sido los enfrentamientos entre equipos que se vinculan con

un credo religioso. Quizá el ejemplo más conocido sean los partidos entre los equipos escoceses del Glasgow Rangers y del Celtic, donde los primeros se asocian al catolicismo y los segundos al protestantismo (Reguera 2008).

En segundo lugar, también se ha destacado que precisamente el deporte en general, y más en concreto, la representación nacional a través de deportistas o selecciones, juega un papel primordial como válvula de escape de las actitudes y sentimientos nacionalistas más extremos. Resulta obvio decir que sería preferible que esos sentimientos contrarios a otras naciones no existieran, pero vivimos un mundo donde todavía persisten los odios nacionales. Desde esta perspectiva realista, el deporte desempeña una función de válvula de escape de las pasiones belicosas que podrían tener consecuencias más nefastas si no tuvieran esta vía de expresión. De esa manera, durante un partido o una competición, los aficionados tienen la "libertad", e incluso el "derecho", de dar rienda suelta a prejuicios y animadversiones contra los deportistas y aficionados de otros países, para volver después a la normalidad y rutina cotidiana habiendo liberado todas esas pasiones belicosas. Es preferible entonces que las manifestaciones de desórdenes públicos o de violencia tengan lugar en lugares cerrados y controlados, como son los estadios, que no que acontezcan de forma súbita y sean mucho más difíciles de controlar (Tamburrini 2000).

Pero quizá la principal contracrítica estriba en que los fenómenos arriba mencionados, que parecen ser causados por el nacionalismo deportivo, tal vez tengan en otros factores sus causas originarias y profundas. Es decir, que las causas de los comportamientos indeseables y de la violencia que se manifiestan en los estadios no radican en el propio deporte o en la representación nacional sino en factores como la pobreza, la marginalidad, la opresión política, o en agravios nacionales gestados en el pasado. Por todo ello, sería injusto atribuir al nacionalismo deportivo la causa de la violencia o de la belicosidad de los aficionados.

Aun reconociendo la solidez de estas contracríticas, quedan todavía algunos interrogantes acerca de la legitimidad del nacionalismo deportivo.

Quizá el enfoque para analizar la vinculación entre esas dos variables no deba ser la perspectiva de si el primero es causa del segundo, sino si contribuye aumentando la expresión del segundo. Esta es la posición de Tamburrini, que resumiré a continuación. Tamburrini señala que el nacionalismo deportivo contribuye a la violencia y al vandalismo:

Aun cuando fenómenos tales como el vandalismo y la violencia están presentes en las competiciones deportivas nacionales, el nacionalismo deportivo de todas maneras aumenta estos fenómenos. Además, podría afirmar que, si bien el vandalismo no es generado en las arenas deportivas, el estadio constituye un escenario adecuado para su manifestación. Entonces, aunque no es la causa de la violencia de los espectadores, el deporte debe igualmente ser culpado de facilitar su existencia de hecho, e incluso de aumentar su magnitud (2000, 94).

Más adelante, reitera el argumento,

El vandalismo es un problema para el deporte, y los sentimientos nacionales asociados con las competiciones deportivas internacionales contribuyen a incrementar el número y la magnitud de las expresiones de violencia vandálica (2000, 95).

Sin embargo, este argumento no es de carácter lógico, ni establece una relación de necesidad entre nacionalismo deportivo y vandalismo. Parece más bien un argumento de carácter empírico-probabilístico que debería ser apoyado por evidencias y ejemplos concretos. A lo largo de un año son incontables las competiciones deportivas internacionales que enfrentan a países de diferentes continentes, tradiciones, culturas, ideologías etc., y son más bien extraños o nulos los casos en que tales enfrentamientos derivan en actos vandálicos. En algún sentido, y salvando las diferencias, es un argumento muy parecido al que se dirigía contra la pornografía señalando que ésta aumentaría la comisión de delitos sexuales de los hombres contra las mujeres, debido a la posición de subordinación e instrumentalización que éstas suelen desempeñar en las expresiones pornográficas. Pero no hay ninguna prueba de que esto sea

así. Y ello es debido en parte a que los espectadores son capaces de distinguir la ficción de la realidad. Y esto, me parece, es algo que también sucede con los aficionados que acuden a un enfrentamiento internacional tras cuya terminación desaparece en gran medida el odio o rivalidad que pudiera haberse manifestado en el estadio. Sólo en el caso de que pudiera establecerse una conexión causal tendría sentido tomar medidas contrarias a la existencia de competiciones deportivas internacionales.

En cambio, los elementos positivos que suelen acompañar a tales eventos son palpables, pues habitualmente aumentan la emoción y la pasión de los espectadores, lo cual contribuye a su goce. El mismo Tamburrini recoge este argumento cuando se plantea si el nacionalismo perjudica las prácticas deportivas, ante lo que responde que no es el caso, sino que incluso contribuye a aumentar la destreza técnica de los deportistas:

Lejos de estropear las competiciones deportivas, el incremento del antagonismo contribuye a hacerlas más excitantes. Esto pone exigencias mayores a la actividad deportiva. Se requerirán mayores sacrificios y esfuerzos de parte de los atletas. Pero esto será compensado por el hecho de que el público disfrutará más de la tensión que caracteriza a las competiciones más combativas. El incremento de la competitividad podría también originar mejoras en el nivel técnico de los distintos deportes. Así, no sólo las experiencias hedónicas del público serán incrementadas, sino también la calidad misma del juego podría elevarse como consecuencia de confrontaciones más combativas entre los deportistas (2000, 82).

En definitiva, habiendo examinado los pros y contras del nacionalismo deportivo a nivel externo y sus actuales manifestaciones, me parece que no hay suficientes razones para establecer un vínculo de causalidad o de contribución a la violencia, por lo que no me parece que haya razones morales o de carácter político para eliminar las competiciones internacionales ni siquiera para modificar sustancialmente su estructura actual. Tampoco se percibe que el nacionalismo deportivo haya provocado un aumento considerable de prácticas antideportivas en

las competiciones, si las comparamos con las que ya se dan en las competiciones nacionales. No obstante, ésta es una conclusión condicionada a que el grado de nacionalismo deportivo manifestado por los diferentes Estados continúe en el nivel actual. Si se observara un incremento de la violencia o de las prácticas antideportivas como consecuencia del nacionalismo deportivo, habría razones para replantearse la cuestión. En este sentido, sería posible establecer una especie de termómetro del "nacionalismo deportivo" según el grado de contribución al vandalismo, la violencia o las malas prácticas deportivas. Importando una distinción que realiza J. Parry (1998) respecto de un tema colindante con la violencia en el deporte, entre comportamientos asertivos, agresivos y propiamente violentos, clasificación sobre la que es posible establecer asimismo tres grados de nacionalismo deportivo. Antes de desarrollar esta clasificación me adelanto a una eventual crítica advirtiendo que se trata de una clasificación vaga en sus límites, pues no será fácil en algunos casos distinguir, por ejemplo, un comportamiento agresivo de uno violento, como por ejemplo, la incitación al odio que pueda realizar un medio de comunicación contra una selección rival.

El nacionalismo deportivo asertivo correspondería a una sociedad activa en cuyas acciones hay un sentido positivo de afirmación o insistencia en los propios derechos, o incluso de protección y vindicación de la propia identidad colectiva. Parece claro que no hay reproche moral para este tipo de expresión nacionalista que trata de reafirmar el sentido de comunidad sin enfrentarse necesariamente a los rivales, o dicho de otro manera, que construye su propia identidad sin menoscabar la de otras comunidades.

El nacionalismo deportivo agresivo comprendería los comportamiento que implican ya algún grado de fuerza e implican algún tipo de actitud vigorosa, ofensiva y activa, de golpear primero. Como señala el propio Parry, su aceptabilidad moral puede depender del contexto. En el ámbito de la competición deportiva la agresividad está mayoritariamente aceptado, pero no parece tan claro que así deba ser en otros ámbitos no-deportivos. La agresión no tiene una expresión física sino que suele expresarse a

través manifestaciones verbales, psicológicas, económicas o de otro tipo, por lo que aquí cabría una diversidad de comportamientos, algunos de ellos claramente inaceptables, como por ejemplo, si una afición en lugar de animar a su selección se dedica a despreciar y humillar a los jugadores o a la sociedad (o nación) de la selección rival, o provocar en los rivales errores en el desempeño deportivo. Si fuera éste el caso, el país, ya sea el gobierno o los aficionados estaría demostrando un nacionalismo deportivo agresivo injustificado y, por lo tanto, censurable. En cambio, sería un comportamiento agresivo pero no necesariamente reprochable, el que un Estado invirtiera esfuerzos y dinero en mejorar la calidad de sus selecciones nacionales con el propósito de obtener mejores resultados en el futuro... siempre y cuando no fuera una inversión exagerada o que impidiera cumplir otros objetivos sociales más relevantes. Sobre este tema volveré más adelante.

Por último, el nacionalismo deportivo violento supondría la intención de dañar físicamente a otro país. Si paradigmáticamente la violencia en el deporte supone infligir algún daño físico al rival, en el ámbito del nacionalismo deportivo implicaría que una acción intencional de un país (gobierno o aficionados) forma parte de una cadena causal que tiene como resultado un daño físico a deportistas, aficionados o bienes de otro país. Por supuesto, ésta es una caracterización que padece de un cierto grado de indeterminación, lo cual puede convertir en harto difícil probar cuándo un gobierno o afición ha ejercido violencia sobre un país rival, dificultad que conllevaría la práctica imposibilidad de precisar y posteriormente reconocer qué acciones han producido un daño y han sido realizadas con intención, conceptos sobre los que los penalistas han escrito ríos de tinta. Pero ello no impide que pueda haber casos claros.

3- El uso del deporte con fines de política interior

Una de las clásicas objeciones al fenómeno deportivo es que se constituye en el "opio del pueblo", es decir, que el deporte es usado por las instancias estatales como un factor de diversión política que distrae a la

ciudadanía de las cuestiones políticas, sociales y económicas verdaderamente relevantes para su interés individual o de clase (Brohm 1982, 214). Se trata de una crítica que no es exclusiva de la izquierda sino que es recogida por algunos autores de distinta adscripción política que destacan otros posibles usos políticos del deporte. Así por ejemplo, Cazorla (1979, 5) distingue entre dos tipos de usos del deporte por parte de la política, según sea el grado de tal utilización, esporádica o sistemática. En el primer caso, el uso del deporte tendría básicamente el propósito de distraer la atención de la sociedad de alguna eventualidad política. En el segundo, el objetivo sería inculcar a la sociedad una especial visión del mundo o ideología. Ejemplos de este uso pueden encontrarse en la utilización del deporte por los regímenes fascistas o comunistas. Otro ejemplo de este tipo de uso político del deporte fue, según Cazorla, la instrumentalización que hizo el gobierno de Franco del deporte a partir del año 1939, al ponerlo bajo el mando de la Falange: "al recaer la dirección del deporte en manos del partido único, sus líneas maestras, sus objetivos, sus enseñantes y directivos nacieron por y dentro del partido y, diríamos más, para el partido. Al confiar a un órgano de tanto significado político la dirección del deporte se pretendió forjar a los más interesados en él, a la juventud, con arreglo a los postulados del Movimiento Nacional" (Dixon 2000, 218). La consecuencia de esta política fue según el mismo autor, que la principal preocupación fue "el fortalecimiento del deporte-espectáculo (más que) el fomento del deporte para todos... La razón de esto es obvia. Con el predominio del deporte-espectáculo se propiciaba la narcotización del ciudadano, su alienación que facilitaba el alejamiento de la escena política, su *laissez-faire* político" (Dixon 2000, 219). Parece claro que este uso del deporte es ilegítimo, pues es utilizado para fomentar valores no ya antidemocráticos sino también alejados de los principios internos del fenómeno deportivo.

Por su parte, Tamburrini (2000) analiza si la dedicación abusiva a las cuestiones deportivas por parte de los Estados podría también ser dañina para los ciudadanos, ya que ello contribuye a distraer la atención o los esfuerzos respecto de temas político-sociales más urgentes. Para proceder

de forma más analítica al examen de esta cuestión, dicho autor distingue dos escenarios posibles. En primer lugar, el uso político del deporte en circunstancias políticas normales, y en segundo lugar, en situaciones de crisis políticas o sociales, distinción que utilizaré pero en la cual introduciré otras consideraciones, más allá de las que fijó el propio Tamburrini.

3.1- El uso político del deporte en circunstancias políticas normales

Desde los postulados de la izquierda se ha criticado el uso del deporte incluso cuando no se ha politizado en tan alto grado como ocurre con los usos sistemáticos del deporte analizados en el apartado anterior. En efecto, aun cuando por parte de las autoridades políticas se intenta mantener al deporte como un ámbito neutro, el deporte suele ser objeto de instrumentalización política. La primera objeción al deporte tal y como es usado por los Estados en las sociedades capitalistas es que aparece como una institución neutra por encima de las contingencias o contradicciones políticas, lo cual no hace más que contribuir a

legítima(r), de manera acrítica, un orden social establecido al que representa de manera neutra, sin contradicciones. Esta tesis de la "neutralidad política" es defendida con hermosa unanimidad por los ideólogos deportivos (Brohm 1982, 201).

Esta función que realiza el deporte en el marco social es lo que Brohm denomina "la función positivista del deporte".

La segunda gran crítica al fenómeno deportivo es que no sólo legitima el orden social, político y económico de la sociedad en la que se incardina, sino que también contribuye con una función adicional, la función integradora, a través de cual estabiliza al sistema capitalista.

El deporte, mediante la disciplina que impone, descubre la necesidad de la regla, los beneficios del esfuerzo gratuito y organizado. Mediante la vida en equipo... instituye el respeto a la jerarquía legalmente establecida, así como el sentido de la igualdad, la solidaridad y la interdependencia. Es, indudablemente, un excelente aprendizaje de las relaciones humanas, una notable escuela de

sociabilidad. Se aprecia así, que el deporte es concebido a priori como un medio de integración, de adaptación del individuo (*Ibid.* 206)

Es decir, el deporte socializa al futuro trabajador, ya que con la práctica deportiva, sobre todo si es ejercida desde la infancia, se transmiten normas, orden, disciplina y, en definitiva, "un modelo social ideológicamente valorizado".

Frente a las contradicciones de intereses de clases que se producen y expresan en las relaciones económicas, el deporte es un bálsamo, dado que ofrece la oportunidad para la reconciliación y unidad de los individuos, tanto en la práctica deportiva como en el apoyo a las selecciones y deportistas nacionales. Así pues, el deporte actúa como cemento social, al unir a millones de personas bajo un interés común. En el apoyo a la selección nacional los ciudadanos olvidan sus diferencias económicas, políticas o de clase. En el estadio o en la celebración de las victorias deportivas nacionales, no hay diferencia que se aprecie o valga. Así, Brohm concluye que

El deporte, debido a que es espectáculo de masas, organizado, tolerado, alentado por el Estado, constituye una manifestación política espectacular, una glorificación del orden establecido (*Ibid.* 208).

Sin embargo, estas críticas pierden parte de su atractivo y solidez si atendemos a que el deporte es junto a otras instancias sociales, como la educación, la familia, los medios de comunicación un medio de integración social más y, posiblemente, no el más efectivo. Por otro lado, estos mecanismos son instrumentos de integración cuya labor debe ser evaluada a tenor de cuáles sean los contenidos valorativos e ideológicos que tratan de inculcar en la ciudadanía. No parece que el deporte deba merecer el mismo juicio valorativo si los valores que asume y transmite son democráticos o fascistas. Y parece que en las sociedades democráticas avanzadas los valores que promueve el deporte no pueden reducirse únicamente a los que señala Brohm. Hay también otros aspectos de la personalidad o colectivos destacables: solidaridad, compañerismo,

esfuerzo, auto exigencia, etc.

Aun así, y en contextos de normalidad democrática, hay autores que se cuestionan si es legítima una cierta manifestación de nacionalismo deportivo. Al respecto, Tamburrini se cuestiona si es negativo que los aficionados de una nación como Suecia (que además goza de buen funcionamiento y está libre de urgencias económicas o sociales) aplaudan y apoyen a su selección de fútbol en un evento internacional. Su respuesta es dual. En la medida en que no hay especiales o urgentes problemas socio-económicos a los cuales los suecos debieran prestar su atención en su propio país, no parece que deban avergonzarse o sentir algún tipo de reproche moral por mostrar interés por sus selecciones deportivas. Pero la cuestión es que fuera del país siguen existiendo problemas de pobreza, de regímenes dictatoriales a los que los ciudadanos suecos deberían prestar atención, en lugar de dedicarla al deporte. Por esta razón, Tamburrini concluye:

Debido a su riqueza, los suecos -a diferencia de los nigerianos - pueden aliviar mucha de la miseria que todavía aqueja al mundo. Por lo tanto, aunque no negativa (al menos no directamente) para la propia nación, la celebración futbolística de 1994 puede ser cuestionada, no tanto por distraer esfuerzos de cuestiones sociales urgentes en el propio país, sino más bien por no haber sido completada por una activa ayuda internacional en el extranjero (2000, 103).

No obstante, ésta me parece que es una crítica hasta cierto punto exagerada y, por otro lado, carente de la debida concreción. Con relación a la primera cuestión, me parece exagerada dado que no es el caso que los aficionados suecos (o de otros países de nivel económico similar) abandonen totalmente sus responsabilidades de ayuda al Tercer Mundo por su atención a la selección durante unos cuantos días al año. El interés deportivo de la ciudadanía, localizado durante un breve período de tiempo, no excluye la debida gestión de las responsabilidades morales con los menos favorecidos del resto del planeta. Con unos requerimientos morales como los que establece Tamburrini me parece que los suecos empezarían

a ver su situación como un "infierno moral". Respecto al segundo punto, sobre la falta de concreción de la exigencia moral de Tamburrini ¿qué países carecerían de legitimidad para celebrar las victorias de sus selecciones? ¿Dónde situar el umbral entre los países ricos y los pobres? En definitiva, no creo que haya razones para el "pánico moral".

Ahora bien, hay otro aspecto que sí me parece cuestionable del nacionalismo deportivo en las sociedades occidentales más desarrolladas y que no es especialmente cuestionado. Y es que muchos de estos países invierten cantidades de dinero estratosféricas en sus deportistas, infraestructuras, tecnología y programas deportivos con el objetivo de conseguir mejores resultados en el escenario internacional. Este fenómeno es especialmente sangrante en los Juegos Olímpicos. Como ya se señaló en otro lugar, Australia consiguió auparse al cuarto puesto del medallero en las Olimpiadas de Atenas gracias a la enorme inversión económica del gobierno. Según los cálculos efectuados, cada medalla costó 32 millones de dólares. La cuestión es si ésta es una manifestación legítima del nacionalismo deportivo. En mi opinión, no. Y ello por dos razones. En primer lugar, porque aumentan de manera injustificable las ya profundas desigualdades entre los atletas de los diferentes países. Si ya había una distancia enorme entre los deportistas nigerianos, por ejemplo, y los australianos, con las enormes inversiones económicas se ampliarán todavía más, y de una forma más que cuestionable para la deseada igualdad deportiva entre los atletas. En segundo lugar, más allá de precisar en cuánto debería concretarse el esfuerzo económico de un Estado respecto de sus deportistas nacionales en competiciones nacionales o internacionales, parece claro que las cantidades invertidas por el gobierno australiano en mejorar las prestaciones de sus deportistas exceden lo razonable en sociedades democráticas preocupadas por las desigualdades económicas planetarias, y por ello, suponen un incumplimiento de los deberes morales que estos países desarrollados tienen con los menos desarrollados, muchos de los cuales padecen hambre y pobreza generalizada.

3.2- El uso político del deporte en circunstancias políticas de crisis

Desde nuevo desde posiciones ideológicas de izquierda se ha criticado con especial virulencia el papel del deporte en países en condiciones económicas precarias, ya que normalmente aquél es utilizado por los gobiernos como una herramienta para dar salida (falsa) a las tensiones y miserias de una población empobrecida. De esta manera, la población se entretiene con los éxitos de los deportistas patrios, en vez de preocuparse por tratar de revertir la situación socio-económica en la que viven, esto es, de llevar a cabo las acciones políticas conducentes a erradicar del poder a las élites y establecer medidas económicas más atentas a las verdaderas necesidades de la población.

Pero ya décadas atrás, Brohm criticaba que en los países subdesarrollados el deporte desempeñara un papel de diversión política en tanto que verdadero "opio del pueblo". En las sociedades que padecen la lacra de la pobreza, los gobiernos, consciente o inconscientemente, utilizan el deporte como una válvula de escape para los integrantes de las capas más sufrientes de la sociedad, que así se pueden evadir aunque sea por un breve espacio de tiempo de las penurias cotidianas (Brohm 1982, 215). Los ejemplos que se pueden dar son muchos y variados, pero quizá alguno de los más interesantes sea la utilización del fútbol por Brasil en el contexto de algunas décadas atrás, cuando la situación económica del país no era tan boyante como hoy día.

Sin embargo, son varias las objeciones que se han dirigido a esta visión del deporte como "opio del pueblo". Tamburrini apunta las siguientes (2000). En primer lugar, esta visión del deporte al servicio de intereses espurios del gobierno llevaría a negar a los "pobres" el derecho a disfrutar y festejar las victorias de su selección nacional. En segundo lugar, supone ejercer una medida claramente paternalista injustificada, pues supone establecer desde la perspectiva privilegiada de los países ricos qué está permitido y prohibido en países con menor desarrollo económico. En tercer lugar, no hay ninguna evidencia científica que pruebe que haya una relación entre el festejo de las victorias deportivas y la pasividad política en

aquellos ámbitos donde parece necesaria una acción social reivindicativa más contundente. En efecto, dista mucho de estar probado que la forma más eficiente para solucionar los problemas económico-sociales sea contener la alegría ante un éxito deportivo. Como señala Tamburrini: "El supuesto vínculo entre abstenerse de celebrar y la consecución de mejoras políticas y sociales, es, para expresarse prudentemente, indirecto y difícilmente demostrable". Es más, señala el autor argentino, hay estudios empíricos que muestran una correlación entre practicar deporte e implicación político-social así como entre la asistencia a espectáculos deportivos y el incremento de participación y compromiso social. Aunque tampoco se pueda fijar que tales estudios establezcan conclusiones irrefutables, como mínimo arrojan dudas respecto de la tesis contraria que establece una relación entre festejos deportivos y pasividad política.

Ahora bien, y como ya decía en el apartado anterior, otra manifestación del nacionalismo deportivo que merecería una opinión distinta sería la de que estos países dedicaran enormes cantidades de dinero para promover el deporte de élite, cuando las masas se encuentran pasando hambre o en una situación económica deplorable. Más allá de las dificultades innegables en discernir los casos dudosos de países "pobres", habría casos claros donde el juicio no estaría sometido a duda. Aun siendo el caso de que esas inversiones pudieran asegurar triunfos deportivos (cosa, por cierto, muy dudosa) con los que la población pudiera sentirse feliz (aunque transitoriamente), no habría justificación posible a tales medidas cuando los bienes básicos no están cubiertos para una parte considerable de la población.

Otro tipo de situación político-social donde sería factible concluir que el gobierno y la población actúan incorrectamente en el caso de celebrar victorias deportivas, es aquél en el que tales festejos tienen lugar en un contexto de violación masiva de derechos humanos. Tamburrini se refiere al uso político de los Mundiales de fútbol de 1978 celebrados en Argentina por parte del gobierno golpista de los militares. A la vez que se disputaban los partidos a lo largo de territorio argentino, cientos de personas estaban encerradas en centros de tortura y otras tantas eran asesinadas

impunemente por parte de las fuerzas militares y policiales a las órdenes del gobierno dictatorial. La situación se volvió más sangrante con la victoria de la selección argentina, que condujo a un estallido de alegría general en el país... aun cuando seguían produciéndose secuestros, torturas y muertes de inocentes. En tales situaciones, señala Tamburrini "tiendo a concluir que los argentinos, suponiendo que tuvieran conocimiento de los secuestros y asesinatos, actuaron incorrectamente al sumarse a la celebración auspiciada por el régimen. Baso esta intuición en el efecto directo, casi concretamente discernible, que un boicot masivo a la celebración hubiera tenido para la estabilidad política del gobierno militar" (Tamburrini 2000, 105). Sin embargo, no resulta nada fácil seguir el criterio que preconiza Tamburrini. Como se ha señalado, este criterio tiene dos alternativas según haya o no certeza de que la no celebración de las victorias puede afectar a la estabilidad del régimen. Ahora bien, ¿sobre qué base establecer dichas previsiones? No parece que haya mediciones científicas que pudieran determinar el probable efecto de las manifestaciones populares sobre la estabilidad de un gobierno, lo cual hace difícil fijar un criterio para juzgar cuándo una sociedad debe expresar legítimamente un cierto nacionalismo deportivo en forma de celebración de las victorias. Mi opinión es que no hay en ningún caso razones para celebrar una victoria deportiva cuando en un país se da una situación de violación de derechos humanos de forma amplia y extensa, como la que se producía en Argentina durante la celebración de los Mundiales de fútbol, con independencia de consideraciones de estrategia política tal acción repercuta o no en la estabilidad de un gobierno no democrático.

3- Conclusiones

A lo largo de este trabajo he analizado las diversas formas de relación entre el deporte y el nacionalismo. No cabe duda de que dada la importancia del deporte en el imaginario colectivo de nuestras sociedades, ha habido una constante instrumentalización de éste por parte de las élites políticas. La cuestión es si toda manifestación de nacionalismo deportivo

es censurable. A estos efectos he distinguido entre el uso político del deporte a nivel exterior e interior.

En lo que concierne al uso en la política exterior de un Estado, he señalado que, a pesar de que desde una perspectiva liberal universalista sería deseable que no hubiera naciones (como agentes morales) ni que aumentara su número, mientras vivamos en un contexto como el actual, una mínima expresión de nacionalismo deportivo no es rechazable moralmente.

En el caso del uso del deporte con fines de política interior, también he llegado a la conclusión de que el deporte en sociedades democráticas no tiene por qué ser necesariamente el "opio del pueblo". Esto no obsta a que en ciertas situaciones socio-políticas haya una excesiva inversión económica de los Estados en la promoción del deporte, actuación que es de dudosa moralidad para la propia práctica deportiva pues, aumenta las desigualdades entre atletas, y para una más eficiente y justa distribución de los recursos económicos en sociedades con grandes desigualdades sociales.

4- Referencias bibliográficas

- Aguilera, A. (1992), *Estado y deporte*, Granada, ed. Comares.
- Bairner, A. (2001), *Sport, nationalism, and globalization*, Albany, State University of New York.
- Brohm, J.M. (1982), *Sociología política del deporte*, México, FCE.
- Cagigal, J.M. (1990), *Deporte y agresión*, Madrid, Alianza Deporte.
- Dixon, N. (2000), "A justification of moderate patriotism in Sport", Tännsjö, T.-Tamburrini, C.M. (2000): *Values in Sport. Elitism, nationalism, gender equality and the scientific manufacturing of winners*, Londres-New York, E&FN Spon (Routledge).
- (2007), "The Ethics of Supporting Sport Teams", Morgan, W. (ed). *Ethics in Sport*, Human Kinetics, Champaign IL.
- Cazorla Prieto, L.M. (1979), *Deporte y Estado*, Madrid, Politeia.

- Duran, J. (1996), *El vandalismo en el fútbol*, Madrid, Gymnos.
- Elias, N. y Dunning, E. (1992), *Deporte y ocio en el proceso de civilización*, México, FCE.
- Feinberg, W. (2003), "El nacionalismo desde una perspectiva comparada: una respuesta a Charles Taylor", McKim, R.-McMahan, J. (2003), *La moral del nacionalismo*, Barcelona, Gedisa.
- Gomberg, P. (2000), "Patriotism in Sports and in War", Tännsjö, T.-Tamburrini, C.M. (2000): *Values in Sport. Elitism, nationalism, gender equality and the scientific manufacturing of winners*, Londres-New York, E&FN Spon, Routledge.
- MacIntyre, A. (1984), "Is patriotism a virtue?". Lindley Lecture, Univ. de Kansas, Kansas.
- McMahan, J. (2003), "Los límites de la parcialidad nacional", McKim, R.-McMahan, J., *La moral del nacionalismo*, Barcelona, Gedisa.
- Margalit, A. (2003), "La psicología moral del nacionalismo", McKim, R.-McMahan, J., *La moral del nacionalismo*, Barcelona, Gedisa.
- Morgan, W. (2000), "Sports and the moral discourse of nations", Tännsjö, T.-Tamburrini, C.M., *Values in Sport. Elitism, nationalism, gender equality and the scientific manufacturing of winners*, Londres-New York, E&FN Spon, Routledge.
- Payero López, L. (2009), "La nación se la juega; relaciones entre el nacionalismo y el deporte en España", *Ágora para la EF y el Deporte*, n.º 10, pp. 81-118.
- Parry, J. (1998), "Violence and aggression in contemporary sport", McNamee, M.-Parry, J. (ed.): *Ethics and Sport*, London-New York E & FN Spon.
- Reguera, G. (2008), "La identidad de los clubes de fútbol", Solar L.-Reguera, G. *Culturas del fútbol*, Vitoria-Gasteiz, Bassarai.
- Tamburrini, C.M. (2000), *¿La mano de Dios?. Una visión distinta del deporte*, Buenos Aires, Eds. Continente.
- Taylor, Ch. (2003), "Nacionalismo y modernidad", McKim, R.-McMahan, J., *La moral del nacionalismo*, Barcelona, Gedisa.